

## CAPITULO QUINTO.

## SIGLO XV.

SUMARIO.—I. Bayaceto, sultan de los turcos.—II, Ladislao, rey de Nápoles.—III, Juan Hus, hereje.—IV, Jerónimo de Praga, hereje.—V, Wenceslao IV, rey de Bohemia.—VI, Juan Trocznou, ó Zisca.—VII, Máreos de Efeso.—VIII, Constantinopla.—IX, Notaras.—X, Jorge Crustat ó Poggerbrach, rey de Bohemia.—XI, Juan Roquesana, arzobispo hereje de Praga.—XII, Mahomet II, sultan de los turcos.—XIII, Reynaldo, de Peacock, obispo de Chester.

## I.

Bayaceto I, rey de los turcos.

(MURIO AÑO 1403 DE N. S. JESUCRISTO)

La cadena de opresion que venia forjándose contra la Iglesia desde el siglo XI, lejos de romperse, se habia fortalecido más y más, y aumentado su extension con nuevos eslavones, que hacian imponente ya su fuerza y pesadumbre.

La reforma reclamada por San Bernardo, é iniciada por San Gregorio VII é Inocencio III, se iba haciendo cada dia más necesaria.

Los abusos y corrupcion cundian por todas partes é iban creando nuevos peligros; y levantando violentos huracaanes, agitaron con impetuosa fuerza los intereses encontrados nacidos á la sombra del espíritu de independencia que por do quiera germinaba.

Los literatos comenzaron á desenterrar del polvo de las bibliotecas las mutiladas obras de los antiguos clásicos, y el mundo, seducido por las formas de aquellos monumentos de la antigüedad, los acogió con tal vehemencia, que llevó su admiracion hasta el punto de olvidarse de la civilizacion cristiana para adoptar la literatura y aun las costumbres de sus modelos. En una palabra: aquella sociedad habia comenzado por pagанизarse, para protestantizarse en el siglo siguiente.

Las invenciones, tan provechosas y tan fastuosas á la vez, de la imprenta y de la pólvora, el establecimiento de los correos, el descubrimiento de América y otros muchos sucesos de grandísima importancia, hicieron, por otra parte, del siglo XV, un siglo de transicion, en que

la humanidad se preparaba á hacer una vida nueva.

Las naciones, divididas entre los señores en pequeños estados, vinieron á constituir grandes reinos ó vastísimos imperios bajo el cetro de un Monarca, que al verse poderoso pretendia llegar á ser omnipotente, y el cesarismo, cuyos primeros destellos aparecieron ya en los siglos XI al XIV, iba acumulando fuerzas y elementos para estallar en el siglo XVI.

Las inteligencias, contaminadas con los errores que pululaban, y con los principios del protestantismo, adelantados por Robarch, Hus y otros, y á que dió pábulo la comunicacion en que comenzaba á vivir la antigua Europa, alimentaron la agitacion general.

Los errores más extraños, los más absurdos principios y las preocupaciones más ridículas y peregrinas que sacudían á aquella aturdida sociedad, y, por último, la situación religiosa, solo anunciaba desgracias á causa de los escandalosos abusos de unos y de las exageradas declamaciones y diatribas de otros, que aumentaban con la publicidad el escándalo.

Como si esto no fuera bastante, el cisma de Occidente, que dividió por muchos años la obediencia del mundo católico entre tres Papas, afi-

gió, también con indecibles amarguras, á la Iglesia de Jesucristo, y hasta los llamados Concilios de Constanza y Basilea (1), convocados para corregir tantos males, agravaron tan angustiosa situación: el primero decretando la supremacía de los Concilios ecuménicos sobre los Romanos Pontífices, doctrina opuesta á la definidad y sostenida por todos los Papas, por varios Concilios generales y por casi todos los Obispos, doctores y teólogos, y el segundo reduciendo á la práctica esta doctrina cuando, desobedeciendo el decreto de disolucion del Sumo Pontífice Eugenio IV, se rebeló contra él, le depuso y eligió un antipapa.

Las consecuencias que todos estos males habían de producir en los siglos siguientes comenzaron á tocarse ya en el mismo siglo XV, porque los partidarios de Juan Hus y de Jerónimo de Praga llegaron á dominar de tal manera en Bohemia, que despues de sostener una guerra de devastacion y de venganzas, en que hicieron

(1) Aunque algunos historiadores enumeran entre los Concilios ecuménicos ó generales á las Asambleas de Constanza y Basilea, los canonistas más autorizados no los consideran como tales, ni ha habido Romano Pontífice alguno que los haya reconocido.

comprender á Europa el porvenir que esperaba á las naciones que se separaban de la Iglesia para echarse en brazos de la herejía; trataron de potencia á potencia con su propio monarca Segismundo, á quien obligaron á confirmar el pacto que aseguraba la libertad de cultos.

Mientras Europa así dividida preparaba una revolución que había de durar siglos, el imperio turco era un peligro más para la civilización cristiana; de tal manera que los Papas no pensaban ya en predicar Cruzadas, para libertar la Tierra Santa, sino para detener á los turcos, que amenazaban á toda la cristiandad, y principalmente á la Italia.

Los Emperadores de Constantinopla clamaban de continuo anunciando el peligro que corría Europa, y el Papa Eugenio IV predicó una cruzada, denunciando á la cristiandad la guerra de exterminio que hacían los turcos. "Los turcos, decía, atan con cuerdas hombres y mujeres, que se llevan consigo; cristianos condenados á la servidumbre, van confundidos con el más vil botín, y son vendidos como bestias; el padre es separado de su hijo, el hermano de su hermana, el marido de su esposa. Asesinan en los caminos y en medio de las ciudades á los que por sus años ó enfermedades no pueden andar. Sin te-

ner lástima ni siquiera de la infancia, dan muerte á inocentes víctimas que empiezan apenas á vivir, y que no conociendo aún el temor, se sonríen ante sus verdugos en el acto de recibir el golpe mortal. Toda familia cristiana es obligada á entregar sus hijos al Emperador otomano, como en otro tiempo el pueblo ateniense al monstruo de Creta. Donde quiera que han penetrado los turcos, las campiñas han quedado estériles, las ciudades han perdido sus leyes y su industria, la religión cristiana carece de sacerdotes y de altares, la humanidad de asistencia y de asilos."

Todo era en vano: la fé se había debilitado mucho, y si en la época de las Cruzadas hubo hombres á millares que abrazaban la cruz y empuñaban la espada para invadir la Asia y arrancar á los mahometanos la posesión de los Santos Lugares, fueron muy pocos los que en el siglo XV acudieron á la voz del Papa para detener á los turcos, que, como en venganza de las Cruzadas, pretendían conquistar á su vez la nueva Jerusalén.

La cismática Constantinopla iba á recibir el castigo de su apostasía. El Papa, en los momentos supremos del peligro, exhortó á los griegos al arrepentimiento y á que volvieran al

seno de la Iglesia, recibiendo los decretos del Concilio de Florencia. Al mismo tiempo les anunciaba que si no se convertían antes de tres años, serían tratados como la higuera del Evangelio, que fué cortada de raíz por su esterilidad.

Así fué: dentro de aquel plazo fatal la soberbia Constantinopla cayó en poder de los turcos en una esclavitud tan humillante y vergonzosa como grande había sido su poder y su dominio en la Edad Antigua.

Tal fué el castigo y tan patente, que los mismos griegos le reconocieron. "¡Oh maldición terrible y no menos exacta que eficaz exclamaba el célebre Jorge Scolario, patriarca de Constantinopla; fué proferida en el año 1451, y en el 1453 la infiel Constantinopla, cada vez más obstinada en el cisma durante estos tres años de prueba, vino á ser el oprobio del universo, y cayó en poder de sus enemigos. Lo más maravilloso en este terrible prodigio es que la nación de los griegos, según los términos del Papa Nicolás, aquella ilustre y formidable nación, de un valor á toda prueba, de una sabiduría incomparable y señora del mundo por espacio de tantos años, no está ya conocida, y ha caído desde la cumbre de la grandeza bajo

el yugo de unos bárbaros infames, después que la ha castigado la mano de Dios (1).

Pero aún hay algo más maravilloso que todo esto, y es que si Dios permitió el triunfo de los turcos sobre los cristianos cismáticos, detuvo á aquellos ante los cristianos que permanecieron fieles á la Iglesia, é hirió con la espada de su justicia á los que contra ella se levantaron y entre los que podemos citar á Bayaceto I, sultán de los turcos.

La usurpación y el fratricidio colocaron á este príncipe en el trono otomano, y después de arrebatar á los cristianos la Bulgaria, la Macedonia y la Tesalia, despojó á casi todos los príncipes asiáticos de sus Estados. Alentado por sus continuas victorias, llegó á decir lleno de orgullo: "Yo haré que sirva de pesebre á mi caballo el altar de San Pedro en Roma."

El viernes 23 de Julio de 1402, los ejércitos de Bayaceto y de Tamerlan, Rey de los tártaros, que resolvió detenerle en el camino de sus conquistas, se encontraron frente á frente en las llanuras de Ancira, en Frigia. La batalla duró tres días y dos noches. Doscientos cuarenta mil hombres quedaron muertos sobre el

(1) GENNAD., *In defens.* lib. V. cap. XIV.

campo. Bayaceto fué vencido y hecho prisionero de Tamerlan, que, orgulloso con su triunfo, reservó para Bayaceto la misma suerte que Sapor hizo sufrir al impío Valeriano, emperador de Roma. Como él, Bayaceto, encerrado en una jaula, seguía á todas partes á su vencedor Tamerlan, que se servía de su espalda como estribo siempre que montaba á caballo. Desesperado al fin Bayaceto de tan horrible esclavitud, se dió la muerte destrozándose el cráneo contra los hierros de su jaula (1).

## II.

Ladislao, rey de Nápoles,

(MURIÓ AÑO 1414 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este Monarca, á quien á pesar de sus malas cualidades y de sus vicios, dieron sus parciales el sobrenombre de Magnánimo y Victorioso, fué en su tiempo el mayor enemigo de la Iglesia.

(1) MICHAUD: *Biographie universelle*, art. BAYACET X TAMERLAN.

El año 1386 heredó de su padre el trono usurpado de Nápoles; y aunq<sup>ue</sup> los napolitanos llamaron á su legítimo soberano Luis II de Anjou, la fortuna de las armas afirmó en el trono al usurpador, y al poco tiempo aceptó la corona de Hungría, que le ofrecieron los húngaros después de haber envenenado á su soberano Sigismundo.

El cisma que afligia entonces á la Iglesia le facilitó el hacerse dueño de Roma, agitada por los güelfos y gibelinos, y de una parte de los Estados de la Iglesia, en los que cometió grandes violencias.

Para oponerse á los planes ambiciosos de Ladislao, el Concilio de Pisa y el Papa Alejandro V dieron la investidura del reino de Nápoles y la lugartenencia general de la Iglesia á Luis de Anjou, que tomó á Ladislao las plazas que éste había usurpado y aun le arrojó de Roma; pero no supo aprovecharse de su victoria, y Ladislao siguió ocupando el trono de Nápoles y con el tiempo volvió á turbar la paz de la Iglesia. Pocos años despues movió sus armas contra Roma, la tomó y cometió los mayores atentados contra las cosas eclesiásticas, contra los templos y aun contra la honestidad de las vírgenes del Señor. Por último, llevó su ejército contra los flo-

rentinos; á quienes obligó á comprar la paz en 1413.

Ladislao, que llevaba sobre sí la corona usurpada de Nápoles, la usurpacion de Roma, y sobre el peso de todos sus excesos y de todos sus crímenes el peso de la excomunion, murió envenenado por la hija de un médico de Perugia, á la que amaba con pasion Ladislao, y que creyendo darle un brevaie amoroso, le hizo beber un veneno preparado por su padre, á quien se dice habían ganado los florentinos en odio á aquel tirano. Ladislao se sintió en seguida acometido de una enfermedad mortal y desconocida, é hizo conducir á Nápoles, donde murió al poco tiempo, como dice el P. Flores, *correptus igne sacro* (1).

### III.

Juan Hus, hereje:

(MURIO AÑO 1415 DE N. S. JESUCRISTO.)

Habian trascurrido apenas veinte años despues de la muerte de Wiclef, cuando Juan Hus

(1) MORERY: *Dich. hist.*—FLOREZ: *Clave historial*, siglo XV.

resucitó los errores de este célebre hereje y de la secta llamada de los pobres de Lyon, que comenzó á propagar en Bohemia con una actividad y un celo satánicos.

Hus era de elevada estatura, de rostro pálido y enjuto, de carácter sério y de rígidas costumbres. Desde muy jóven mostró una peligrosa inclinacion al fanatismo, refiriéndose de él que cierto dia puso un dedo al fuego para ver si podia sufrir como San Lorenzo.

Apenas llegó á Bohemia la doctrina de Wiclef, uno de los primeros y de los que con más ardor se consagraron á su propagacion fué Juan Hus, profesor á la sazón de la Universidad de Praga.

En el año 1399 sostuvo ya en una discusion pública varios principios de aquel hereje, y en seguida entró en inteligencias con Jerónimo de Praga, favoreciendo, en su calidad de rector de la Universidad, las pretensiones de los sectarios de Wiclef.

Cuando la Universidad de Praga condenó cuarenta y cinco proposiciones del mismo Wiclef, Juan Hus, que se condujo siempre con gran astucia, pretendió disuadir al claustro, pretextando que aquellos cuarenta y cinco artículos no habian sido extraidos con exactitud de las

obras del heresiarca. No obstante, la doctrina de Wiclef fué condenada; pero esta condenacion se restringió más tarde, gracias á los esfuerzos de Juan Hus, que sostuvo que muchas de las proposiciones en cuestion podían interpretarse en un sentido favorable.

Más tarde, habiéndose dividido los profesores alemanes y bohemios de Praga en la cuestion promovida por el rey Wenceslao ante el Concilio de Pisa, sobre la neutralidad del clero de Bohemia, Juan Hus y los profesores bohemios se pusieron del lado del Rey, y aprovechando el resentimiento de éste contra los alemanes, inclinaron su ánimo á reformar la antigua organizacion de la Universidad, dando á los bohemios el predominio que tenían los alemanes en aquella escuela. En virtud de esta reforma, los alemanes, que, divididos en bávaros, polacos y sajones, tenían antiguamente tres votos en las asambleas generales, quedaron con un solo voto, mientras que los bohemios, que antes solo tenían uno, obtuvieron tres. Esta medida disgustó tanto á los profesores y estudiantes alemanes, cuyo número no bajaba de cinco mil, que abandonaron á Praga, y fundaron la Universidad de Leipzig, ingreñando algunos de ellos en las de Ingolstadt, Rostock y Gracovia. La retirada de los alema-

nes, que eraa el único dique que se habia opuesto á la invasion del wiclefismo, dió á la herejía un verdadero triunfo, que tomó el carácter de victoria nacional, obtenida por los tudescos sobre los alemanes.

Satisfecho entónces Hus con el éxito obtenido, eligió públicamente á Wiclef en sus sermones, y tradujo sus obras al bohemio.

El Papa Alejandro V, para cortar aquel abuso, prohibió predicar fuera de las iglesias principales, y el arzobispo Zbyack hizo quemar por sospechosos doscientos de los volúmenes que Hus habia cometido á su exámen; pero éste siguió predicando en su capilla de Belen, á pesar de la prohibicion del Papa; censuró en sus discursos á su Prelado, y abrió por último, con muchos de sus amigos, cursos públicos sobre los escritos de Wiclef. El Sumo Pontífice, Juan XXIII, sucesor de Alejandro, excomulgó al hereje y á sus séctarios, anunciando pondria en entredicho el lugar donde se dirigiese Juan Hus. El rey Wenceslao, preocupado con esta amenaza, trató de evitar un rompimiento, y á su instancia Juan Hus hizo solemnemente una profesion de fé.

No obstante, el astuto rector de Praga publicó después varias obras que no estaban muy

conformes con su profesion de fé, y condenó públicamente la Bula en que Juan XXIII predicaba una cruzada contra Ladislao, rey de Nápoles y demás espoliadores de la Iglesia.

Las violencias de los husitas, y sus ataques y diatribas contra el Padre Santo, aumentaron de dia en dia, y tomaron tales proporciones, que el rey Wenceslao tuvo que mandar se castigase con pena de muerte á todo el que ultrajase al Papa de una manera cualquiera.

Las autoridades de Praga prendieron é hicieron ejecutar á tres de los husitas más turbulentos; pero Hus los enterró solemnemente en la capilla de Belen, y en uno de sus sermones los elogió como mártires.

La Universidad, los magistrados y los hombres más notables de Praga, indignados de la audacia del hereje, se declararon contra él, al mismo tiempo que los párrocos de la ciudad elevaban sus quejas á Roma; y á fines del año 1412, el Papa lanzó la excomunion contra Hus, y puso en entredicho el lugar donde se refugiase.

El Rey no se atrevió ya á proteger al culpable, y la Bula de excomunion fué publicada y ejecutada, declarándose en entredicho á la ciudad, excepto el Wyshrade, ó sea residencia real.

Hus apeló á Jeacrieto, declarando que no reconocia ningun jaez sobre la tierra, y obligado á abandonar á Praga se refugió en Zozihradek, donde escribió sus obras más importantes; formuló la mayor parte de sus errores, y predicaba frecuentemente en campo raso ante una multitud inmensa, á la que seducía haciendo groseras descripciones de la vida del Papa, de los Cardenales, del Episcopado y del clero.

Sin embargo, Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano, deseando terminase felizmente la cuestion de los husitas, negoció con el Papa Juan XXIII, en su calidad de jefe del imperio, defensor de la Iglesia y heredero del trono de Bohemia, la convocacion del Concilio de Constanza; escribió á Wenceslao con el mismo fin, y envió emisarios á Juan Hus para persuadirle á someterse á la resolucion del Concilio, al cual debía asistir tambien el Emperador. Juan Hus no lo rehusó, y despues de anunciar públicamente su propósito de comparecer ante el Concilio, se dirigió á Constanza, provisto de un salvo-conducto del Emperador.

El Papa, por su parte, dulcificó la excomunion lanzada contra el mismo Hus, permitiendo comunicar con el hereje, aunque sin permitirle intervenir en ningun oficio público, y por



consiguiente predicar y celebrar el santo sacrificio de la Misa. Además, estaba tan dispuesto á garantir su seguridad, que cuando los caballeros bohemios que conducian á Hus imploraron su protección en favor del acusado, el Papa les contestó: "Ann cuando Hus hubiese matado á mi propio hermano, no permitiria yo que se hiciese con él una injusticia en Constanza."

Juan Hus, en cambio, celebraba Misa en la casa que habitaba, y dirigia pláticas á las personas que iban á verle, propagando así sus errores á la vista del mismo Concilio que habia de juzgarle.

Por el contrario, la conducta del Concilio no pudo ser más contemplativa ni más prudente respecto del hereje.

Juan Hus asistió á varias congregaciones, se examinó con madurez la doctrina de Wiclef, en la cual estaban basados los errores de aquel, y al cabo fueron anatematizadas las cuarenta y cinco proposiciones que habia condenado ya la Universidad de Praga, y Wiclef fué declarado hereje.

Por último, despues que los comisarios del Sínodo emplearon en vano todos los medios que les dictó su prudencia á fin de obtener de Juan Hus la promesa de someterse al Concilio, se le

hizo comparecer ante una congregacion geneal del mismo para responder al interrogatorio. En aquel acto solemne se le mostraron sus obras, y se le preguntó si las reconocia por suyas, á lo cual contestó afirmativamente, declarando que se retractaria si se probaba que contenian algun error.

Desde los primeros debates se comprendió que Hus pretendia que la asamblea llamada á juzgarle entrase en discension con él, atacando así el poder judicial del Sínodo en su base; y entónces se le mandó respondiese únicamente por sí ó por *no* si habia enseñado el error de que se le acusaba.

Finalmente, despues de otros dos interrogatorios, en que Hus quedó convicto y confeso de herejía, se le presentó una fórmula moderada de retractacion, haciéndole observar varios Padres del Concilio que Orígenes, San Agustin y Pedro Lombardo incurrieron tambien en error y se apresuraron á retractarse, y que si las proposiciones que él sostenia, y que habian sido condenadas, eran verdaderas, la responsabilidad no caia sobre él, sino sobre sus superiores y es Concilio.

Con todo, Hus se negó á retractarse. Total via se le dejó un mes, próximamente, para re-

flexionar, empleándose durante este tiempo todos los medios de persuasión por los hombres más eminentes, y aun por los amigos de su infancia, pero todo en vano.

Agotados ya todos los recursos que dictaba la prudencia, condenó el Concilio treinta proposiciones heréticas sostenidas por el acusado, y después de haberle pedido una vez más, aunque sin resultado, su retractación, se le exhonó solemnemente, declarándole hereje, y fué entregado por el Concilio al brazo secular, rogando, según la antigua costumbre de la Iglesia, se le perdonase la vida.

Sin embarco, las leyes de Bohemia eran tan terminantes, que Hus fué condenado á la hoguera por el hecór palatino, y quemado públicamente con sus obras. Sus cenizas fueron arrojadas al Rhin. Un escritor perteneciente á esta secta, y que presencié el suplicio del hereje, dice que Juan Hus sabió al suplicio con gran serenidad, y que murió cantando salmos é invocando el nombre de Jesucristo.

Los protestantes dicen también que ántes de morir pronunció proféticamente estas palabras que se referían á Lutero: *Hodie anserem uritis sed ex meis visceribus nascetur cygnus quem non occidere poteritis.* El nombre de Hus procedía de

la palabra *Ois*, que significa *ganso*, y los protestantes aseguran que el cisma que debía renacer de las cenizas de Hus, fué Lutero. Sin embargo, los historiadores de aquella época nada dicen de esta supuesta profecía (1).

## IV.

Jerónimo de Praga,

(MURIO AÑO 1416 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los discípulos de Juan Hus figura en primer término Jerónimo de Praga, hombre de profundo talento y de gran elocuencia, que contribuyó mucho á introducir en Bohemia los errores wiclefistas, de la Universidad de Oxford, donde comenzó sus estudios, que continuó luego en Colonia, Heidelberg y París.

(1) WETZER Y WELTE: *Dicti. encyclop. de Theolog. ecclial.*

A su vuelta á Bohemia, entró al servicio del rey Wenceslao, en calidad de caballero; ingresó como miembro en la Universidad de Praga; pronunció, á pesar de ser lego, muchos discursos religiosos, y aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para recomendar las obras de Wiclef, á las cuales tenia tal afición, que, segan decia con frecuencia, el que no estudiase los escritos de Wiclef conoceria la corteza de la ciencia, pero no la raiz.

Por lo demás, la vida de Jerónimo de Praga fué la misma que la de su compañero Juan Hus, pues ambos trabajaron de consuno en favor del wiclefismo y fueron juzgados y condenados en un mismo Concilio, por sostener idénticos errores.

En efecto: desde el año 1403, en que Jerónimo se unió á Hus, figura su nombre al lado del de éste en los trabajos practicados en Bohemia para propagar el wiclefismo.

En 1407, Jerónimo de Praga secundó á Hus para arrebatar á los alemanes la preponderancia que tenían de antiguo en la Universidad bohemia; en 1410 fué llamado á Polonia para secundar al Rey en la creación de la Universidad de Gracovia, y desde allí marchó á Ofen, donde abrió un curso de filosofía religiosa.

Más tarde, en union de Hus, censuró al arzobispo de Praga por haber quemado las obras de Wiclef, que aquel le habia entregado; predicó contra la Bula de Cruzada de Juan XXIII, y áun algunos le consideran como uno de los principales autores del escandaloso atentado cometido contra aquella Bula, haciendo que la llevasen colgada al cuello dos prostitutas, que pasearon por las calles de Praga con grande algazara, gritando era conducida al cadalso la Bula de un impostor, que al fin fué quemada en público.

Posteriormente, Jerónimo de Praga visitó á Rusia, donde se declaró favorable á los cismáticos, tratando de propagar en Polonia los errores de Wiclef; y cuando Hus partió para Constanza, donde anunció públicamente estaba pronto á responder á los calumniadores, y á sufrir el castigo que se le impusiera, si se le convenia de herejía.

El Concilio le señaló para comparecer el plazo de quince dias. En este intervalo, perdió Jerónimo el valor, y huyó de Constanza; pero detenido en Hirschau (Alto Palatinado) por el intendente de un conde palatino, fué conducido á Constanza. En seguida se le hizo comparecer ante una congregacion pública, donde, al pedir-

le cuenta de su fuga, se excusó con la falta de salvo conducto. No obstante, probada la falsedad de su respuesta, pues hacia más de un mes que había pedido y obtenido el salvo-conducto, f6é acusado inmediatamente, asegurando algunos miembros del Concilio que habian sido sus maestros en París, Colonia y Heidelberg, que habia mostrado siempre gran inclinacion al error. Esta revelacion y la falsedad del acusado, produjo tal indignacion, que algunas voces gritaron: *Comburetur!* El arzobispo de Salzburgo contestó en seguida: "No; no será así, porque está escrito: Yo no quiero la muerte del pecador;" y calmada aquella agitacion, se procedió contra Jerónimo con la misma prudencia y templanza con que se habia juzgado á Hus.

Al fin, despues de sufrir varios interrogatorios y de proponer una fórmula de abjuracion que no pudo aceptar el Concilio, hizo una completa profesion de fé, condenando los artículos de Wiclef y de Hus, anatematizados por el Sínodo.

Pero al poco tiempo demostró que su conversion habia sido fingida, dando lugar á que se le acusara nuevamente como hereje, y se procediese otra vez contra él.

Los comisarios nombrados entonces por el Concilio presentaron á éste un capítulo de trece artículos de acusacion contra Jerónimo, y el promotor presentó tambien otro de ciento dos puntos, proponiendo al Sínodo que el acusado respondiese afirmativa ó negativamente á cada uno de ellos, y que si aprobaba aquellos artículos, ó Jerónimo contestaba afirmativamente, se le entregase al brazo secular.

Así se hizo, y practicados el interrogatorio y las pruebas, se permitió al acusado defenderse, como lo hizo, aunque débilmente, declarando que su retractacion se le habia arrancado por el temor, y que él pertenecia al partido de Wiclef y de Hus.

A pesar de todo, el Concilio retardó algunos dias el pronunciar su sentencia, con el fin de dar tiempo á que se trabajase en la conversion del hereje por algunos Padres del Concilio; pero Jerónimo se negó á retractarse, y aseguró que de nada se arrepentia tanto en este mundo, como de haber hecho su primera abjuracion.

Convencidos al fin los Padres de su contumacia, pronunciaron solemnemente su sentencia, declarándola hereje y relapso, y lanzando contra él la excomunion y el anatema.